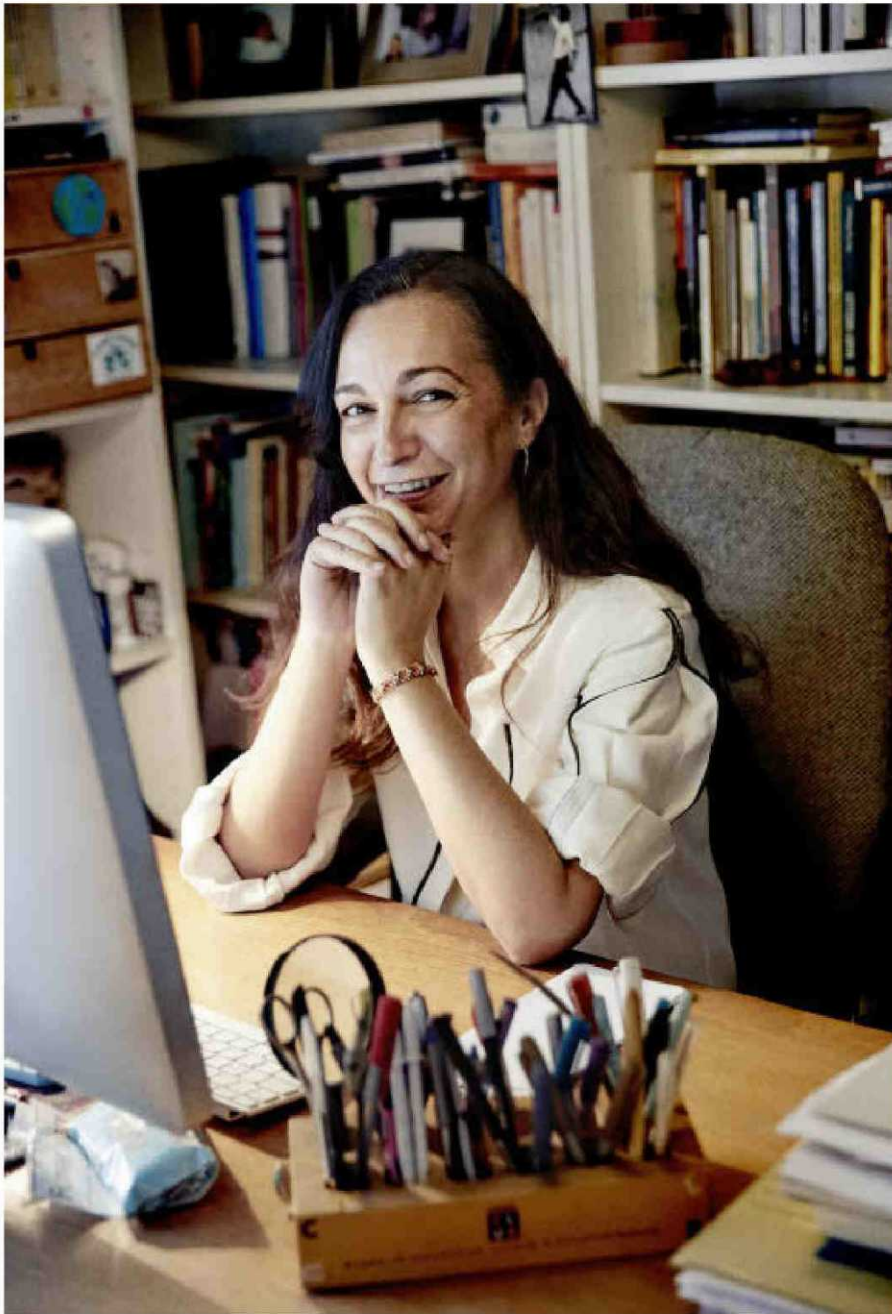




Toda una vida

De izda a dcha y de arriba abajo: Berta con una amiga, su hijo de bebé, Berta de niña en brazos de su padre. Debajo, su madre Josefina ejerciendo de peluquera con Carlos Barral en su casa de Calafell. En la otra pág. Berta en su despacho. La blusa es de Lola Casademunt.



Última tarde con Berta

La hija menor de ese gran contador de historias que fue el escritor Juan Marsé se crió entre perros, gatos, algún que otro búho y las carcajadas de tío Jaime (por Jaime Gil de Biedma), como paisaje cotidiano de las noches de los jueves. Ahora publica *Encargo* (Anagrama), su primera novela, y nos desgrena cómo era su padre en las distancias cortas: “No era tan fiero el león como lo pintan”.

—Vis Molina. Fotos: Toni Mateu. Realiza: Ana Páramo.

Como digna hija de su padre, uno se la imagina viviendo en una soleada casita del Guinardó o del Carmelo, los dos barrios de Barcelona que el gran escritor Juan Marsé elevó a la categoría de iconos. Pero no, resulta que Berta vive en el típico piso del Ensanche, con muchos libros y dos balcones repletos de macetas asomadas al chaffán. Hoy recibe a TELVA con su belleza racial y unos ojos negros y brillantes como las aceitunas de Aragón, junto a Saki, el gato rubio que recogió en la calle. “Estaba desnutrido, flaco y con el lomo lleno de calvas”, confiesa, “y mira qué bonito se ha puesto, sólo por vivir en familia”. Detrás de la escritora, aparece un chico alto y despeinado, con una mochila colgando al hombro. “Este es Guille”, señala Berta refiriéndose a su hijo, un guapo veinteañero con la misma sonrisa tímida que su madre y que aprovecha nuestro desembarco para escabullirse por la puerta. “Se va a clase”, y la madre corre hacia al ascensor para decirle: “¡Guille, la mascarilla!”

La escritora nos conduce hasta su despacho, un cuarto pequeño atiborrado de libros, de fotos de familia y con una mesa impecablemente ordenada. “Aquí paso todas las mañanas, unas más productivas que otras, tenga ganas o no. Hace tiempo que descubrí que la disciplina es sagrada si quieres dedicarte a escribir”. Precisamente sobre esta mesa, frente a la pantalla de su Mac y con Saki encaramado a una pila de libros, Berta cocinó *Encargo*, su primera novela. “Tuve la suerte de que mi padre la leyera meses antes de su muerte. Y me dijo: “me ha gustado”, nada más, porque él era muy parco en palabras”. Se trata de una historia costumbrista en la que el azar es el punto de partida.

Con un padre así, parece que estaba predestinada a la literatura... Siempre fui muy lectora, y no pasa ni un solo día en que no anote mis reflexiones en un cuaderno. Pero de niña quería ser directora de cine, así es que empecé a trabajar como meritória en dirección y producción de cine y publicidad.

Enseguida ví que no era lo mío y me hice “lectora” para varias editoriales. También publiqué algún libro de cuentos. Carmen Balcells, mi agente, me animó a seguir y hasta hoy.

¿En su caso es cierto eso de que padres e hijas tienen una unión especial?

Tengo el mismo temperamento que mi padre, y eso me unió de manera muy estrecha a él. Mi hermano mayor, Alejandro, siempre ha sido muy deportista, no para quieto. Yo en cambio soy reposada, reflexiva, muy cinéfila y lectora, aficiones que compartía con mi padre.

Imagino que él le haría de asesor literario.

Era inevitable. Me descubrió a grandes cuentistas como Edgar Allan Poe y Hector Hugh Munro. Munro escribía con el seudónimo de Saki, y por eso se llama así mi gato. También a Horacio Quiroga, uno de mis escritores de referencia. Leer *Los arrecifes de coral* fue una revelación. Y después llegaron los grandes narradores norteamericanos: Dorothy Parker, Raymond Carver y Truman Capote. Me gusta releerlos porque siempre aprendo algo nuevo.

Juan Marsé, autor de obras tan reconocidas como *Últimas tardes con Teresa*, *La oscura historia de la prima Montse* o *Si te*

dicen que caí, fue una rara avis entre los miembros de la generación del 50, a la que perteneció. La mayoría de ellos, grandes amigos suyos, además de colegas, eran hijos de la burguesía ilustrada (Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, los hermanos Goytisolo, los hermanos Ferrater ...), mientras que Marsé fue hijo adoptivo de un matrimonio de El Carmelo que no nadaba en la abundancia, y durante muchos años simultaneó su tarea de escritor con el de joyero para ganarse la vida. De ese origen nace su visión realista, irónica y crítica, de la posguerra española y el afán de plasmar en sus obras las tensiones sociales entre burguesía, clase obrera y nuevas élites.

El Pijoaparte, el carismático protagonista de *Últimas tardes con Teresa*, en el que muchos vieron al alter ego de Marsé, era un joven “charnego” tan fascinado por las clases dirigentes como asqueado hacia la vida de los privilegiados. Con fama de ser un hombre muy firme en sus compromisos vitales, literarios y políticos (siempre fue de izquierdas y siempre rechazó cualquier veleidad nacionalista), Marsé manifestó también con firmeza su voluntad de permanecer ajeno a las modas y frivolidades, hasta

“Me surgen historias continuamente. Sin ir más lejos, cuando estaba acabando *Encargo* se me cruzó otra novela y, como pude, escribí 50 páginas en bruto de esa historia. Cuando acabe la promoción me pondré con esa nueva novela, a ver qué me sale. Hay muchísimo trabajo detrás de un relato. Ya lo decía Flaubert: “date por contento si en un par de meses consigues dos o tres frases dignas”. Con lo que más disfruto es con los diálogos. Soy muy observadora, me fijo en las conversaciones que oigo en los bares, en la playa... A veces las anoto. Es importante que cada personaje tenga su manera característica de hablar. Eso dice mucho de quién eres, a qué clase perteneces, dónde vives...”

“Tengo el mismo temperamento que mi padre, y eso me unió de manera muy estrecha a él. Soy reposada, reflexiva, muy cinéfila y gran lectora...”

el punto de que, en 2005, abandonó su puesto como jurado del Premio Planeta, disgustado por el espíritu comercial en que se habían convertido.

¿Cómo recuerda su infancia?

Pues muy normal y muy sana. A mis padres les gustaba mucho estar en casa, eran muy familiares. Recuerdo que cada jueves venía a cenar Jaime Gil de Biedma, el íntimo amigo de mi padre. Para mi hermano y para mí era como nuestro tío. Recuerdo su presencia imponente y sus carcajadas, que resonaban por toda la casa. Cenaban, charlaban de todo, y luego Jaime y mi madre se arrancaban a cantar coplas. Siempre acababan así. También tenemos una relación muy estrecha con la familia Barral. Carlos e Yvonne venían mucho por casa y nosotros íbamos a la suya de Calafell, porque pasábamos las vacaciones en L'Arboç del Penedés. Nuestra infancia estuvo muy vinculada a la naturaleza. Recuerdo que nos pasábamos las vacaciones recogiendo gatos, perros, pollitos... hasta un búho.

Su madre, Joaquina Hoyos, siempre ha estado muy al margen de la intelectualidad. “Mi madre nació en Herguijuela, un pueblo muy pequeño de la provincia de Cáceres. Era hija de un pastor y se crió con muy pocos recursos, hasta el punto de que dejó el colegio a los 10 años. Se fue a Madrid junto a su hermana y allí encontró trabajo como peluquera y señora de compañía de una aristócrata que ejercía como mecenas de varios artistas. Mi padre en esos años frecuentaba ese círculo (en el que estaban Ángel González y Jaime Gil de Biedma) y así conoció a mi madre. A ellos les unía el hecho de ser de una clase social sencilla, pero no compartían intereses.

A pesar de eso, su madre siempre fue la primera en leer los manuscritos de Marsé. Así es, mi madre la primera y yo la se-

gunda. Pero ella simplemente le decía al acabar de leerlo si le había gustado o no, nada más, porque ella es una mujer que sólo le interesan su huerto, sus plantas y su familia. Siempre ha estado muy al margen del mundo literario. Incluso ha hecho gala de ello, sin complejos. Y



Berta Marsé con su gato Saki, recogido de la calle.

cuando venían los amigos de mi padre a casa, o salían por ahí todos juntos, ella bromeaba diciéndoles que eran unos “pesados, siempre hablando de libros, poemas o política”. Mi hermano y yo hemos pertenecido a esos dos mundos de una manera natural.

No consigo imaginarme a Juan Marsé como un hombre tierno. Su aspecto y su talante imponían mucho.

Eso dice todo el mundo, pero no es tan fiero el león como lo pintan (risas). Mi padre era afable y cariñoso a su manera

y tenía un sentido del humor extraordinario. Mi madre siempre ha sido más severa, y él era absolutamente permisivo con nosotros. Todo le parecía bien, nos animaba a que saliéramos con amigos, a viajar a que nos divirtiéramos... Pasaba los días en su despacho

escribiendo, pero siempre podías entrar a charlar con él o a pedirle algo.

¿Y cómo es usted como madre?

También permisiva y confiante. Mi hijo ha sido siempre muy buen chico y tengo plena confianza en él, nunca me ha dado disgustos ni me ha hecho sufrir. Creo que tener a los hijos excesivamente sujetos no es bueno. Yo soy más de darles libertad para que aprendan a desenvolverse por ellos mismos, sabiendo que estás cerca.

La amistad femenina es el tema central de su novela. ¿Sus grandes amigas son mujeres?

Mis amigas más antiguas son mujeres, sí. Nos conocimos de niñas, porque éramos vecinas. Es imposible que nos engañemos porque nos conocemos a la perfección. En la amistad femenina hay muchos registros, desde los celos, la culpa y la rivalidad, hasta un cariño muy profundo y una lealtad inquebrantable. Luego, de mayor, he descubierto la amistad masculina. Me gusta mucho hablar con mis amigos hombres, porque son tan transparentes que me enternecen.

¿Cómo ve la vida, a los 50 años recién cumplidos?

Estoy en muy buen momento personal. Me separé del padre de mi hijo hace unos años (él regresó a Uruguay, su país) y estoy tranquila. Tengo buenos amigos y me siento dueña de mi vida. Además ya no ejerzo sólo de madre porque mi hijo es adulto, así que salgo y entro con más tranquilidad. Ahora Guille se va una temporada a Uruguay y no me va a resultar nada fácil. Pero así es la vida, los hijos tienen que volar... **T**